

Vino nuevo en odres viejos. Propuestas de Fernández del Amo y Bellosillo para la liturgia posconciliar

New wine in old wineskins. Fernandez del Amo and Bellosillo proposals for post-conciliar liturgy

Jesús García Herrero · Universidad Politécnica de Madrid, jesus.garciah@upm.es

Recibido: 20/07/2019

Aceptado: 22/11/2019

 <https://doi.org/10.17979/aarc.2020.7.0.6334>

RESUMEN

Los arquitectos Fernández del Amo y Bellosillo tuvieron un papel destacado en la profunda renovación que se dio en la diócesis de Madrid a partir de 1965, necesitada de nuevos templos tras su reorganización territorial. Ambos arquitectos también realizaron intervenciones en edificios históricos, si bien lejos del activo foco madrileño. Fernández del Amo en dos iglesias rurales del Valle del Tiétar (Ávila) y Bellosillo en la iglesia de El Salvador de Soria, manipularon drásticamente los edificios para adaptarlos a la liturgia posconciliar, enriqueciéndose las cuestiones tipológicas con las constructivas, las urbanas o con la integración de las artes. Por el contrario, los escasos proyectos de intervención en edificios históricos en la propia diócesis madrileña nunca vieron la luz.

PALABRAS CLAVE

Fernández del Amo, Bellosillo, arquitectura religiosa, liturgia posconciliar, patrimonio.

ABSTRACT

The architects Fernández del Amo and Bellosillo played a leading role in the profound renovation that took place in the Diocese of Madrid from 1965, in need of new churches after its territorial reorganization. Both architects also carried out interventions in historic buildings, although they were done far from the active focus of Madrid. Two rural churches in Tiétar Valley (Ávila) by Fernández del Amo and El Salvador church in Soria by Bellosillo were drastically manipulated to adapt them to the post-conciliar liturgy, enriching the typological issues with the constructive or urban ones, as well as the integration of the arts. On the contrary, the rare projects of intervention in historical buildings in the Diocese of Madrid were never built.

KEYWORDS

Fernández del Amo, Bellosillo, Religious Architecture, Post-Conciliar Liturgy, Heritage.

CÓMO CITAR: García Herrero, Jesús. 2020. «Vino nuevo en odres viejos. Propuestas de Fernández del Amo y Bellosillo para la liturgia posconciliar». *Actas de Arquitectura Religiosa Contemporánea* 7: 198-211. <https://doi.org/10.17979/aarc.2020.7.0.6334>.

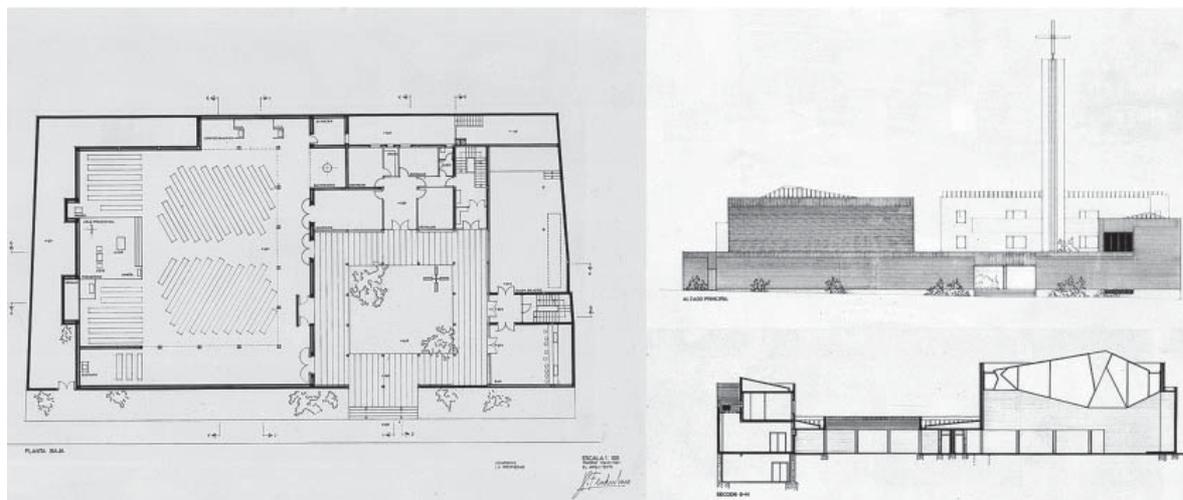


Fig. 01. José Luis Fernández del Amo Moreno. Complejo parroquial de Nuestra Señora de la Luz, Madrid, 1967; planta, alzado y sección.

INTRODUCCIÓN

En 1965, el arzobispo Casimiro Morcillo presentó un Plan Pastoral para Madrid, muy condicionado por el enorme crecimiento de la ciudad, que había quintuplicado su población respecto a la de 1900, viviendo más de la mitad en la periferia. Apoyado en las últimas tendencias de la sociología religiosa y en experiencias similares de otras ciudades europeas, se consideró que las parroquias debían crecer desde las ciento siete existentes hasta trescientas sesenta. La ambiciosa reorganización parroquial, la obtención de solares y la construcción de las nuevas iglesias fueron gestionadas por la Oficina Técnica de Sociología Religiosa, dirigida entre 1964 y 1973 por el sacerdote Jacinto Rodríguez Osuna. Su reducida estructura organizativa hizo aconsejable elaborar en 1965 un documento que sirviera de base a los arquitectos de las nuevas iglesias, que tuvo gran repercusión en los primeros años de andadura del Plan Pastoral: las *Instrucciones para la construcción de complejos parroquiales*.

Las *Instrucciones* fueron redactadas con la colaboración de expertos en teología y liturgia designados por Morcillo y una comisión de arquitectos

formada por Miguel Fisac, José Luis Fernández del Amo y Fernando Terán. Rodríguez Osuna coincidió con los tres arquitectos en un Seminario sobre edificios religiosos que organizó el Instituto Nacional de la Vivienda en 1964, cuyas conclusiones fueron incorporadas en su mayor parte al texto definitivo de las *Instrucciones*. El documento abarcaba desde los aspectos urbanísticos, programáticos y sociológicos hasta consideraciones litúrgicas, arquitectónicas, técnicas y económicas.

Las *Instrucciones* afirmaban que tanto el arquitecto como los artistas que participaban en la construcción de un nuevo complejo parroquial debían desaparecer, subordinando sus ideas personales a la fiel realización del programa funcional y las instrucciones litúrgicas. Para ello debían buscar la «noble belleza, más que la mera suntuosidad», según determinaba la constitución conciliar (1965, 13). Este planteamiento se extendía también a la expresión arquitectónica del edificio, que debía integrarse con las construcciones vecinas, ya fuese mediante el uso de los mismos materiales o por su expresión plástica, evitando las formas extravagantes. Se incidía especialmente en el templo, que debía ser concebido de dentro afuera y nunca debería ser considerado como

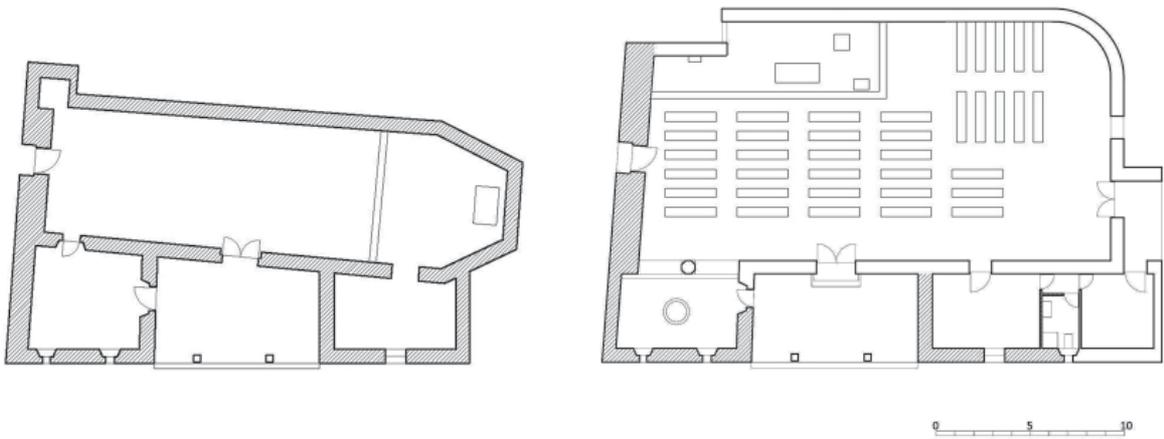


Fig. 02. José Luis Fernández del Amo Moreno. Reforma de la iglesia parroquial de Navalosa (Ávila), 1964; plantas de estado original y reformado (Sombreados los muros existentes).

Fig. 03. Exterior.

Fig. 04. Interior.

un monumento artístico. Si bien el templo era casa de Dios, era sobre todo *casa del pueblo de Dios*.

La definición del espacio sagrado fue muy discutida por arquitectos y liturgistas en las reuniones previas a la redacción del documento definitivo. Se buscaba la participación activa de los fieles en la Misa, apoyada en una visibilidad y una acústica óptimas. Rodríguez Osuna recordaba que se intentó llevar el teatro romano —en donde el pueblo arropaba a los actores— al templo, en el que los fieles arroparan el altar.¹ Ello propició la aparición de iglesias en abanico, inspiradas en la parroquia de Santa Ana, proyectada por Fisac. Sin embargo, a diferencia de aquella, se consideró adecuado recuperar la tradicional capilla sacramental independiente del gran espacio asambleario dominical.

Tanto por su alta calidad arquitectónica como por su fidelidad a las *Instrucciones*, el complejo parroquial de Nuestra Señora de la Luz en Madrid es uno de los edificios más destacados de este período de la iglesia madrileña (Fig. 01). Proyectado en 1967 por uno de sus redactores, Fernández del Amo, el edificio cumplía rigurosamente el programa funcional solicitado en el documento de la Diócesis. Así, el edificio se dividía en tres zonas (templo, viviendas—administración, y locales de catequesis—salón de actos) que se articulaban en torno a un claustro abierto que servía de lugar de encuentro y transición entre la calle y el templo. Los discretos volúmenes prismáticos de ladrillo visto no desentonaban con su entorno y únicamente una esbelta cruz metálica exenta caracterizaba el uso religioso del edificio. En el interior del templo, de planta cuadrada, el arquitecto buscó mediante la ubicación del santuario en una posición central potenciar su máxima conexión con la nave y evitar así la impresión de espectadores en los fieles congregados en torno al altar. «A este efecto psicológico de participantes contribuirá poderosamente el techo, cobijando a la reunión alrededor del santuario iluminado desde lo alto» (Fernández del Amo, 1969, 111). A pesar de no ser proyectada con las restricciones económicas de otros complejos parroquiales coetáneos, sus muros interiores de ladrillo visto y su gran lucernario revestido de arpillera configuraban un espacio austero donde la luz cenital cobraba gran

protagonismo. Otro de los logros evidentes del templo fue el de la integración de las artes, tema muy querido por Fernández del Amo, en este caso colaborando con los artistas José Luis Sánchez y José Luis Gómez Perales.

DOS IGLESIAS EN EL VALLE DEL TIÉTAR

A mediados de la década de los sesenta, Fernández del Amo realizó los proyectos de reforma de las iglesias de Navalosa (1964) y Sotillo de la Adrada (1967) en el valle del Tiétar (Ávila). Aunque la estrategia general seguida fue la misma en ambas intervenciones, existen matices que descubren en el proyecto más tardío la asimilación de la experiencia vivida en la Diócesis de Madrid.

En principio, el encargo de Navalosa era una simple restauración de un edificio que amenazaba ruina. Pero, según Delgado Orusco, el arquitecto fue mucho más allá al proponer un cambio tipológico y espacial que suponía una interpretación atinada y precoz de la constitución Sacrosanctum Concilium sobre la necesidad de crear un espacio comunitario-asambleario para la liturgia posconciliar (Delgado Orusco, 1999, 258). Para ello el arquitecto giró 90° el eje principal de la iglesia para situar el espacio del presbiterio en posición central en el lado mayor de la nave. La operación proyectual, aparentemente sencilla, implicó sin embargo una drástica intervención en el edificio existente. La mayoría de los muros que delimitaban el templo fueron reemplazados por otros paralelos y perpendiculares a la fachada de acceso. De esta manera, la estrecha nave existente casi duplicó su anchura, reduciéndose y regularizándose la crujía de acceso (Fig. 02).

Con un acertado criterio, el arquitecto conservó los dos elementos que caracterizaban la imagen original del edificio: el muro oeste, donde se situaba la espadaña, y el pórtico de acceso flanqueado por dos cuerpos opacos, uno de los cuales se prolongó hacia el este. Nótese que tanto esta prolongación como los nuevos muros del templo se realizaron con el mismo aparejo y tipo de piedra que los existentes, dotando de unidad al conjunto. De igual manera, la atractiva volumetría evidenciaba la experiencia del arquitecto en los pueblos de colonización, donde había logrado

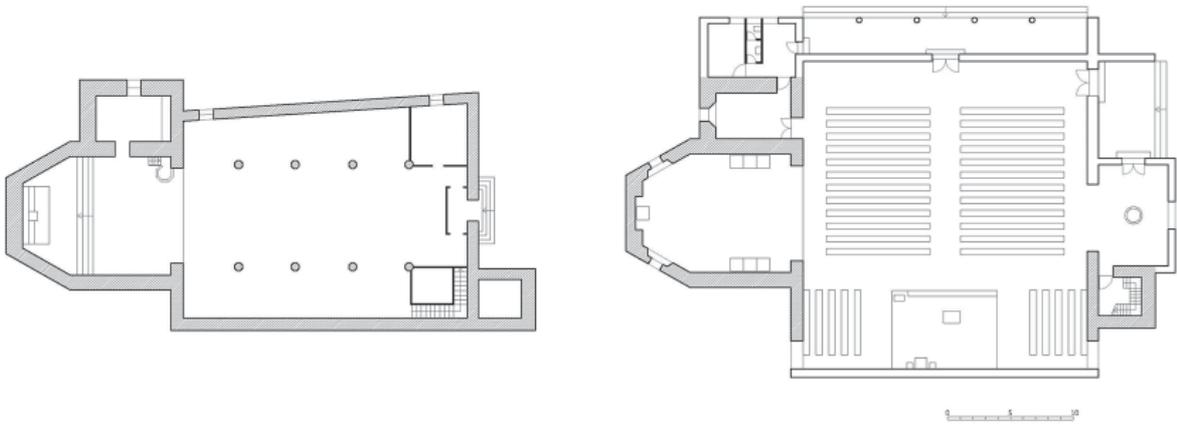


Fig. 05. José Luis Fernández del Amo Moreno. Reforma de la iglesia parroquial de Sotillo de la Adrada (Ávila), 1967; plantas de estado original y reformado (sombreados los muros existentes).

Fig. 06. Interior: capilla del sagrario y nave.

Fig. 07. Exterior.

sintetizar elementos vernáculos y modernos. Huecos verticales o secuencias de huecos horizontales convivían en este caso con faldones de teja o muros y dinteles de piedra local. Recursos como el chaflán curvo en el extremo de la nueva fachada este del templo o la disposición descentrada de un hueco vertical en él negaban exteriormente la simetría de la sección del templo (Fig. 03).

En el interior, algunos autores han señalado acertadamente la filiación plástica del proyecto con otro pequeño proyecto rural de Fernández del Amo, la iglesia de Santa Cruz en Incio (Lugo) (Cordero, 2014, 271). Paredes de piedra vista que ocasionalmente se convierten en ménsulas donde apoyar las imágenes, techos de madera soportados por livianas estructuras metálicas y luz tamizada por vidrieras de colores, en ambos casos de Gómez Perales, son elementos comunes a los dos edificios. La similitud se extiende al contraste entre la luz vertical que baña el presbiterio frente a la luz horizontal que ilumina la nave desde lo alto (Fig. 04).

Por el contrario, en Navalosa el arquitecto rompió con el modelo procesional de Incio en busca de un tipo asambleario. La nueva concepción es evidente en la definición del presbiterio, con altar, ambón y sede, así como en el desplazamiento del sagrario hacia un lateral. Estas mismas intenciones quedaron claramente expuestas en la memoria del segundo proyecto de Fernández del Amo en el valle del Tiétar, en Sotillo de la Adrada:

Se me encargó la restauración del templo, averiado de cubiertas y en grave estado los muros, en un tiempo en que su reconstrucción ponía en duda su buen uso para la nueva liturgia. Era preciso crear el ámbito de la asamblea participativa de la celebración. De planta rectangular, muy estrecha la nave por el sentido procesional en que se situaban los fieles, era absolutamente impropia. Se cambió el eje y se situó el espacio del presbiterio en posición central en el lado mayor de la nave, ensanchando ésta en ambos sentidos. Se dio su lugar al Sagrario y al Baptisterio; la sacristía al pie de la nave. En el caso de Sotillo, con un ábside muy importante con artesonado mudéjar y un gran retablo barroco, se ha restaurado limpiándolo de cosas accesorias y sin valor, dándole la función de capilla del sagrario y

devociones tradicionales. Ha habido un gran respeto a la imagen ancestral del templo en sus fachadas, pórticos, torre y espadaña. El templo continúa estando como estaba entre las casas del pueblo sin que al exterior se haga ostentoso su cambio. En el interior creo haber logrado de forma radical el espacio de la asamblea de los fieles en el sentido de la liturgia actual cumpliéndose las funciones de culto y de participación como se precisan en la celebración vivida (Fernández del Amo 1983, 88).

El proyecto fue coetáneo del complejo parroquial de Nuestra Señora de la Luz (1967) y posterior a la participación de Fernández del Amo en la redacción de las *Instrucciones* para la Diócesis de Madrid. La iglesia de Sotillo era algo mayor que la de Navalosa y no estaba tan constreñida por el caserío como aquélla, por lo que el arquitecto pudo plantear una intervención más ambiciosa. La nave rectangular se convirtió en este caso en una planta sensiblemente cuadrada (Fig. 05). Fernández del Amo fue uno de los arquitectos madrileños que, tras la explosión tipológica que trajo consigo el Concilio, optaron por la planta cuadrada como la mejor para lograr el espacio asambleario. Tanto en Nuestra Señora de la Luz como en Sotillo el templo se ajustaba a las superficies consideradas óptimas por la Oficina Técnica madrileña, entre 400 y 600 m² (Rodríguez Osuna, 1968, 10).

De igual manera, los espacios destinados al sagrario y al baptisterio se desplazaron en ambos casos al perímetro del espacio principal, si bien en Sotillo la capilla del sagrario no pudo disponer de acceso independiente como comenzaba a ser habitual en los templos madrileños. En cuanto al baptisterio, sus generosas dimensiones y su apertura a la nave principal potenciaban el carácter comunitario de ese espacio, solicitado por las *Instrucciones*. La posición del presbiterio también era idéntica en ambos edificios, si bien en Sotillo la disposición de sus elementos (altar, ambón y sede) era simétrica respecto a la del templo madrileño.

Las grandes luces del templo, por encima de los veinte metros, obligaron a disponer una doble familia de cerchas, descansando las menores sobre dos grandes celosías que ocupaban posiciones muy similares a la de los antiguos muros. Ese sutil recuerdo de la preexistencia se extendió al tratamiento de los muros

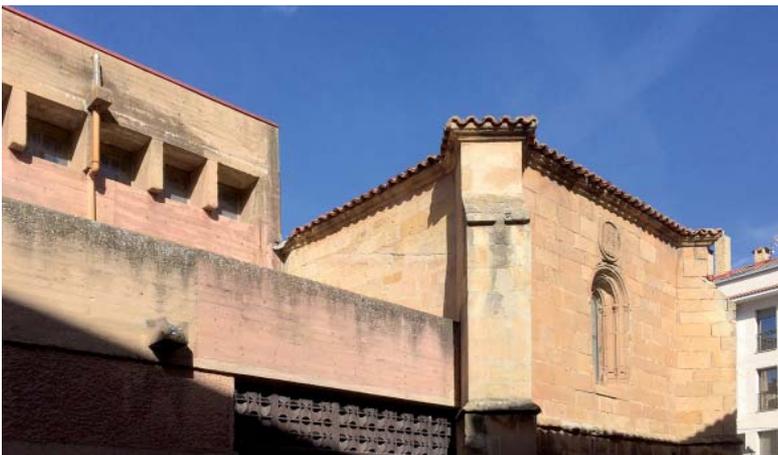
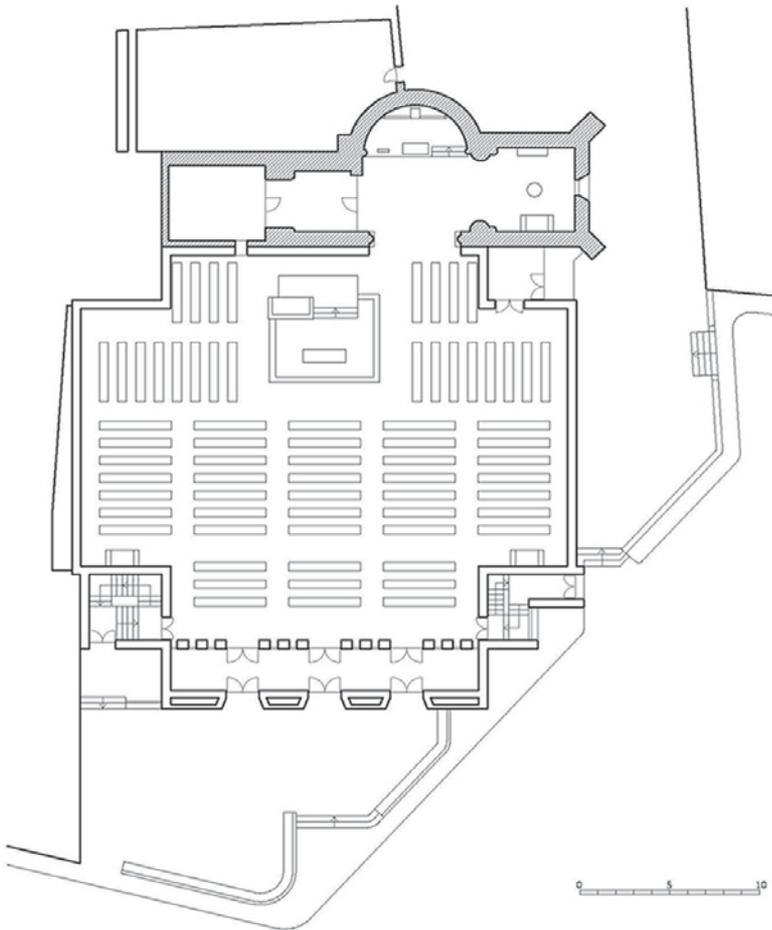


Fig. 08. Francisco Bellosillo García, Juan M^a Bellosillo García y Luis Giménez Fernández. Iglesia de El Salvador, Soria, 1967; planta (sombreados, los muros existentes).
Fig. 09. Exterior.

que delimitaban el perímetro del espacio principal, dejándose de piedra vista los nuevos y revocándose de blanco los correspondientes a la torre existente y a la embocadura del antiguo presbiterio, ahora convertido en capilla del sagrario. La complejidad estructural de la cubierta se acentuó con la apertura en el faldón sur de una franja corrida de iluminación, cerrada con vidrieras de colores cálidos, que completaba a otra situada sobre la entrada al templo y a sendas vidrieras de formato vertical que bañaban de luz lateral el presbiterio,² repitiendo y ampliando el modelo utilizado en Navalosa (Fig. 06).

Sin embargo, la apertura de esta segunda franja de vidrieras, necesariamente con un lenguaje más próximo a lo industrial, creó un contraste muy diferente a la amalgama planteada en Navalosa. El arquitecto intentó replicar el escalonamiento existente entre el antiguo presbiterio y la sacristía en el resto de volúmenes de nueva creación adosados al espacio central, con una gradación en altura que iba desde el baptisterio adyacente a la torre hasta los dos nuevos porches de acceso (Fig. 07). Pero, a pesar de la utilización de piedra local en los nuevos muros y en los pilares de los nuevos porches, el resultado final no fue tan equilibrado como en Navalosa, probablemente por la mayor complejidad de las preexistencias. De hecho, aunque se preservaron la torre y la capilla original, la propuesta de Fernández del Amo para Sotillo no fue bien acogida y actualmente la disposición interior del espacio ha vuelto a su configuración original.

LA IGLESIA DE EL SALVADOR, EN SORIA

Otros arquitectos muy presentes en la renovación impulsada por Morcillo en la Diócesis de Madrid fueron los hermanos Francisco y Juan María Bellosillo, especializados en proyectar iglesias de bajo coste, tanto de nueva planta como instaladas en locales comerciales existentes, fenómeno muy habitual en ese momento. A pesar de las restricciones económicas, los arquitectos tantearon singulares soluciones para el espacio del templo en el conjunto parroquial San Juan Bautista de la Salle (1966), configurando su planta a partir de la yuxtaposición de cuatro hexágonos. Por el contrario, en la parroquia-local de Santa Margarita (1968) optaron por un esquema de planta

cuadrada con el presbiterio en una posición central similar a los utilizados por Fernández del Amo.

Entre ambos proyectos, en 1967, los arquitectos proyectaron un nuevo complejo parroquial en Soria, que realizaron en colaboración con Luis Giménez. El autor del encargo, el Obispado, consideró conveniente conservar parte de la antigua iglesia de El Salvador, en concreto su capilla mayor con su ábside de estilo románico, así como dos capillas laterales del siglo XVI. Pero además, solicitaba un templo de setecientos asientos de capacidad, viviendas para sacerdotes, locales de reunión y despachos.

La solución propuesta tenía varios puntos en común con la de Fernández del Amo para Sotillo. Así, se decidió reutilizar la antigua capilla mayor para capilla del sagrario, si bien en este caso se añadieron confesionarios y baptisterio en una de las capillas renacentistas adyacentes. Se volvía aquí a establecer la dualidad entre el espacio devocional y el gran espacio de la asamblea congregada en torno al altar, habitual en las iglesias madrileñas postconciliares. La planta de éste último era de cruz griega, si bien sus brazos eran de tan reducidas dimensiones que podía asimilarse a una forma sensiblemente cuadrada,³ con el presbiterio ocupando una posición central rodeado en tres de sus frentes por los bancos. La ausencia de pilares en este gran espacio garantizaba una perfecta visibilidad desde cualquier punto. Ello, unido a una acústica óptima y a la cercanía del altar, debería promover la deseada función comunitaria y de participación (Fig. 08).

Lo más singular del proyecto fue el diálogo con el entorno, al proponer los arquitectos una reinterpretación del tipo basilical mediante la actualización de sus materiales y su lenguaje formal. La doble altura del espacio principal se iluminaba con luces altas y creaba laterales bajos que recordaban la silueta del templo viejo y no competían con las construcciones vecinas. Si en Sotillo unas grandes cerchas metálicas restituían virtualmente el antiguo espacio, en El Salvador de Soria se lograba compaginar la sección basilical del templo con la buscada diafanidad del espacio gracias a grandes vigas balcón de hormigón. Petos de hormigón coloreado entonado con la piedra de la antigua capilla ocultaban los faldones de cubier-



ta, proscribiendo los aleros de esta reinterpretación en lenguaje abstracto del tipo basilical y logrando un armonioso encuentro entre las dos fábricas (Fig. 09):

El problema más importante puede considerarse el del injerto de lo nuevo en lo viejo. Se ha tratado de resolverlo con la misma obsesiva idea de buscar en todo la situación más simple y más sincera. No se ha escamoteado ni se ha fingido nada. Pero se ha tratado de evitar el 'rechazo', estudiando los empalmes y dando un espíritu a lo nuevo que mimetiza con las viejas piedras para asumirlas respetuosamente. Las antiguas fórmulas deben pasar el relevo a las nuevas normas (1970, 103).

La abstracción buscada era especialmente evidente en la fachada principal del templo, donde resultó crucial la participación del artista Joaquín Vaquero Turcios.⁴ La parte inferior de la misma establecía una alternancia de macizos y huecos que se prolongaba por la fachada lateral hasta enlazar con una línea de imposta del edificio existente. La reducida altura de esta parte respecto al cuerpo superior introducía una escala humana que casaba bien con los logrados espacios estanciales previos al templo diseñados por los arquitectos. Pero lo que dotó al templo de singularidad y de una cierta monumentalidad fue el trabajo del artista. Éste, en la explicación de su aportación al proyecto, consideraba dividido simbólicamente el cuerpo superior de la fachada en un rectángulo, sobre el que dispuso un rosetón de forma totalmente libre y asimétrica, simbolizando profundas hendiduras del Espíritu Santo, coronado por el amplio triángulo del tímpano que simbolizaba al Padre. El expresivo campanil que flanqueaba la entrada representaba al Hijo, «surcado de incisiones que recuerdan las llagas de la Pasión, y de ellas surge un torrente vertical que asciende hacia el cielo y, saliéndose del plano de hormigón, traza sobre el azul el signo de la Cruz. Es Cristo resucitado» (1970, 106-107) (Fig. 10).

Fig. 10. Francisco Bellosillo García, Juan M^º Bellosillo García y Luis Giménez Fernández. Iglesia de El Salvador, Soria, 1967; exterior.

Fig. 11. Interior.

El notable trabajo del artista se extendió al muro testero del templo, donde dispuso en posición central un gran crucifijo de cinco metros superpuesto al muro de hormigón, con su silueta recortada a la manera de las tablas del 'duocento' italiano. Un lucernario lineal recorría el techo de hormigón visto del templo desde sus pies hasta su cabecera remarcando su axialidad, mientras que otro perpendicular a él bañaba de luz cenital el citado muro testero. Flanqueando la imagen y su poderoso cromatismo de rojos y sienas se encontraba otra creación abstracta de Vaquero Turcios, que en esta ocasión representaba el Tetramorfo, y el arco gótico del antiguo templo que daba acceso a la nueva capilla sacramental. Las múltiples fuentes luminosas del espacio asambleario, que incluían el rosetón de fachada, las dos hileras de vidrieras de la parte alta de la nave, los singulares tragaluces de las naves laterales o los referidos lucernarios del techo de la nave principal, contrastaban con la penumbra de la capilla sacramental, donde un dorado retablo del siglo XVI de Francisco de Ágreda servía de fondo al sagrario (Fig. 11). Además, la visión del sagrario desde el acceso al templo, enmarcado en este caso por el antiguo arco, creaba un interesante desdoblamiento del foco litúrgico respecto del presbiterio, tal y como recogían otras arquitecturas de vanguardia que seguían la estela de las *Instrucciones* de la Diócesis de Madrid.

A pesar de la disparidad de lenguajes, que alcanzó incluso a la reutilización de losas sepulcrales del siglo XVIII como soporte del nuevo altar, el conjunto resultó armónico, ayudado por la cuidada ejecución de los nuevos muros y su engarce con la fábrica existente. El propio Bellosillo reivindicaba esa mezcla de la «inmanente permanencia de la Verdad Divina y el constante cambiar y caminar de la Humanidad: no despreciar el XII, el XV, el XVIII... y recordar que estamos viviendo en pleno XX» (1970, 103).

PROYECTOS EN LA ARCHIDIÓCESIS DE MADRID

A diferencia de los tres edificios precedentes, los diversos proyectos de intervención sobre iglesias existentes redactados durante el período en que Rodríguez Osuna estuvo al frente de la Oficina

Técnica del Arzobispado nunca fueron realizados. Dos de esos proyectos se deben a uno de los arquitectos de confianza de Rodríguez Osuna, Luis Cubillo de Arteaga, autor de un gran número de complejos parroquiales de nueva planta (García Herrero, 2015).

En la reforma de la iglesia de Villarejo de Salvanés (1973), Cubillo recurrió a un lenguaje mimético con lo existente. Se trataba en ese caso de rehacer la iglesia en ruinas, consolidándola exteriormente y dejando el arreglo del interior para un futuro. El edificio, construido en el siglo XIV, se componía de una única nave con planta de cruz latina y un cuerpo auxiliar adosado a la fachada norte. Bóvedas de crucería cubrían el espacio del templo. En 1885 ya había datados importantes daños en sus muros, por una deficiente conservación. La situación se agravó durante la guerra civil española, de forma que su hundimiento progresivo afectó a la estabilidad de los edificios vecinos. En 1942, el arquitecto Javier de Lara elaboró un proyecto de restauración general, que no llegó a realizarse totalmente. En 1969, a raíz de un terremoto, el técnico municipal Joaquín Ruiz Hervás propuso demoler parcialmente la torre y la cubierta, así como la parte superior de los muros para frenar el estado de ruina inminente. También consta que Javier Barroso elaboró un proyecto en 1970 en el que, en paralelo a las actuaciones de emergencia, se habría reducido a la mitad la altura del templo. En esa línea iba el proyecto que Cubillo redactó en 1973:

El edificio tiene unos valores históricos y arquitectónicos de tal interés que nos obliga a una solución de conservación, a pesar de su estado. Se intenta por tanto consolidar las zonas menos afectadas y derribar la zona de la torre completamente desplomada, reconstruyéndola. Creemos de todas formas que debe rebajarse todo el perímetro unos 5 metros, con lo que el templo queda más proporcionado y descargado. Se reconstruirá la torre con menos planta para proporcionarla. Se creará un zuncho perimetral y unos tirantes de arriostamiento coincidiendo con las cerchas de la cubierta (LCA/D194).⁵

La actitud de Cubillo era la de manipulación de lo existente, pero sin dejar rastro de la intervención, a la manera de Fernández del Amo en Navalosa. Así, por ejemplo, la estructura metálica que soportaba la

nueva cubierta quedaba oculta por un falso techo de escayola, realizándose aquélla con teja árabe vieja. Los huecos abocinados del alzado lateral, situados en la parte del muro a demoler, se trasladaban unos metros más abajo. Tan sólo algunos detalles de la cerrajería o el remate de la torre permitían fechar la intervención (Fig. 12).

Poco antes, Cubillo había realizado otra propuesta en un entorno más delicado, si cabe, que el de Villarejo de Salvanés. Se trataba de ampliar la iglesia de San Antonio de Aranjuez. En la memoria del anteproyecto, fechada en febrero de 1973, el arquitecto era muy explícito sobre sus intenciones:

Dada la situación del complejo, hemos considerado que sus características deben ser primordialmente la sencillez. No hemos querido crear un elemento con pretensiones de modernidad, pues esta solución por contraste nos parecía en este caso de mucho riesgo. Tampoco hemos adoptado elementos existentes, pues es muy fácil caer en el pastiche. El proyecto, lo hemos dicho, es conceptualmente muy sencillo y poco pretencioso. La composición quedará ligada al conjunto por la cornisa del cerramiento y por la calidad de los materiales, ladrillo en fachadas y teja árabe del derribo en cubiertas. Creemos que con esto el edificio quedará perfectamente encajado en el entorno (LCA/D188).

Efectivamente, la propuesta para la iglesia de San Antonio no alteraba la imagen del templo levantado por Bonavía en el siglo XVIII, especialmente la visión desde la gran explanada previa. De hecho, lo que planteaba Cubillo era ampliar el salón que había levantado Jaime Marquet en 1768, tras el fallecimiento de Bonavía. Dicho salón había ocupado el patio o retrocoro posterior siguiendo el eje central del edificio original, accediéndose a él a través del arco del centro de la rotonda, el que albergaba la antigua capilla mayor. En este caso, a diferencia de los proyectos de Sotillo y Soria, el edificio existente se convertiría en atrio del nuevo templo. Éste tenía una planta cuadrada a la que se superponía otro cuadrado girado 45° respecto a ella. Resultaba así un perímetro quebrado, con uno de los triángulos albergando el presbiterio, mientras que su opuesto servía para articular la geometría del cuadrado con la del círculo

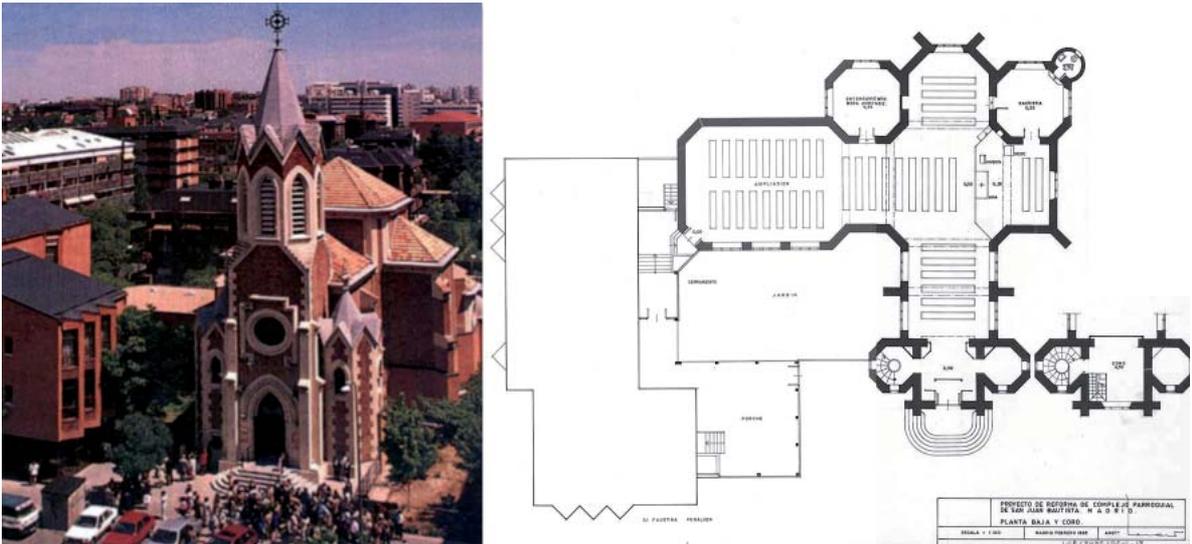


Fig. 14. Luis Cubillo de Arteaga. Complejo parroquial de San Juan Bautista, Madrid, 1985; vista exterior y planta reformada.

del templo original. Los otros dos triángulos configuraban un eje secundario perpendicular al primero, en cuya intersección aparecía dibujado un lucernario en la cubierta, replicando el nuevo templo el espacio central proyectado por Bonavía. Adosado a su presbiterio se proyectó un complejo parroquial con acceso independiente por una fachada lateral. De los 1.584 m² finalmente proyectados, más de dos tercios se dedicaban a albergar oficinas, zonas de reuniones y viviendas para sacerdotes, dando fiel cumplimiento al programa solicitado en las *Instrucciones* (Fig. 13).

En el proyecto definitivo, el templo se resolvió con una nave a dos aguas, con una disposición de los bancos ‘en batallón’. Los triángulos de las fachadas laterales se multiplicaron dando lugar a una secuencia de redientes, donde se alternaban paños ciegos de ladrillo visto con vidrieras. En ellas, Cubillo dibujó motivos vegetales o espirales similares a los que el artista Arcadio Blasco había utilizado en las vidrieras de sus templos madrileños coetáneos. Los quiebros de las fachadas laterales tenían su eco en una serie de pliegues que se realizaban en el falso techo de escayola con que se ocultaba la sencilla estructura

de cerchas metálicas. A diferencia del criterio de Fernández del Amo en Sotillo y Navalosa, Cubillo consideró que dejar la estructura vista habría contrastado demasiado con la arquitectura barroca existente.

Un último proyecto de Cubillo, posterior al periodo en que Rodríguez Osuna estuvo al frente de la Oficina Técnica, fue la propuesta de reorganización interna del templo de San Juan Bautista (1985). El arquitecto había proyectado el complejo parroquial en 1978, organizado en torno a un patio abierto que articulaba la nueva edificación con el templo proyectado en 1926 por Benito Guitart. Si en algún momento se planteó una sala polivalente en la prolongación del crucero de su reducida planta de cruz latina, en esta ocasión el arquitecto propuso girar 90° el eje principal del edificio. El altar pasaba a ocupar el ala derecha del crucero y la nueva sala se convertía en nave principal, prolongándose bajo él. Por su parte, el presbiterio y la nave se convertían en sendas naves laterales de distinta capacidad, procurando así una perfecta visión del altar a todos los asistentes. Se conseguía además una disposición más asamblearia de los fieles, dentro de los límites impuestos por lo preexistente (Fig. 14).

CONCLUSIÓN

Los proyectos no construidos de Cubillo para la Archidiócesis de Madrid aglutinaron algunas de las estrategias de Fernández del Amo y Bellosillo en sus proyectos de intervención en edificios existentes. La manipulación e incluso la simbiosis con el edificio antiguo, el intento de integración con el entorno, el cambio de uso litúrgico de la capilla mayor o la búsqueda de un nuevo espacio óptimo para la liturgia posconciliar, fueron puntos en común. Por el contrario, la falta de desarrollo posterior de los proyectos de Cubillo impidió verificar otros aspectos tan importantes como la integración de las artes que, en el caso de la iglesia de El Salvador de Soria, alcanzaron notables resultados. Más allá de su acierto arquitectónico y de la mayor o menor aceptación por parte de sus feligreses, los proyectos expuestos intentaron introducir ‘vino nuevo en odres viejos’.

BIBLIOGRAFÍA

Arzobispado de Madrid. 1965. *Instrucciones para la construcción de complejos parroquiales*. Madrid: Oficina Técnica de Sociología Religiosa del Arzobispado de Madrid.

Cordero Ampuero, Ángel. 2014. «Fernández del Amo. Aportaciones al arte y la arquitectura contemporáneas». Tesis Doctoral, Universidad Politécnica de Madrid.

Delgado Orusco, Eduardo. 1999. «Arquitectura sacra española, 1939-1975: de la posguerra al postconcilio». Tesis Doctoral, Universidad Politécnica de Madrid.

Fernández del Amo Moreno, José Luis. 1969. «Complejo parroquial de Nuestra Señora de la Luz». *Ara. Arte Religioso Actual* 21: 110-114.

Fernández del Amo Moreno, José Luis. 1983. *José Luis Fernández del Amo. Arquitectura 1942-1982*. Madrid: Ministerio de Cultura. Dirección General de Bellas Artes y Archivos.

García Herrero, Jesús. 2015. «La arquitectura religiosa de Luis Cubillo de Arteaga (1954-1974)». Tesis Doctoral, Universidad Politécnica de Madrid.

Rodríguez Osuna, Jacinto. 1968. «El complejo parroquial urbano». *Ara. Arte Religioso Actual* 15: 4-18.

Sa. 1970. «Complejo parroquial El Salvador. Soria». *Ara. Arte Religioso Actual* 25: 98-110.

Sa. 1971. «Iglesia de San Salvador (Soria)». *Arquitectura* 147: 10-11.

Sa. 1993. *Parroquia de ‘El Salvador’*. *Historia-Arte y Teología de su templo*. Soria: Excma. Diputación Provincial de Soria.

NOTAS

1. Entrevista realizada por el autor a Jacinto Rodríguez Osuna en Madrid, el 27 de abril de 2011.

2. Según Rafael Fernández del Amo, hijo del arquitecto, las vidrieras de Sotillo de la Adrada y Navalosa fueron realizadas por José Luis Gómez Perales.

3. De hecho, en la nota técnica redactada para la revista ARA, Francisco Bellosillo se refería a la planta del templo de El Salvador como «casi cuadrada».

4. Joaquín Vaquero Turcios ya había colaborado con Francisco Bellosillo en 1960, en la reforma de la sede del Instituto Nacional de Industria para acoger la exposición de la Conferencia Mundial de la Energía.

5. LCA/D000 son las abreviaturas del Legado Cubillo de Arteaga/Documento 000, custodiado en el Archivo Servicio Histórico del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid.

PROCEDENCIA DE LAS IMÁGENES

Fig. 01, 06-07. Archivo del Servicio Histórico del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid - Fondo Fernández del Amo.

Fig. 02-05, 08-11. Archivo del autor.

Fig. 12-13, 14b. Archivo del Servicio Histórico del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid - Fondo Cubillo de Arteaga.

Fig. 14a. Arzobispado de Madrid.